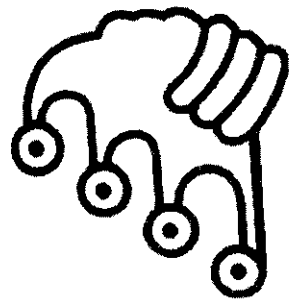


RESEÑAS





IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

.....
NÉLIDA PIÑÓN. *EL CALOR DE LAS COSAS Y OTROS CUENTOS*

Trad. Elkin Obregón, Fondo de Cultura Económica (Tierra Firme), México, 2000,
ISBN 968-16-5930-9.

.....

POR ALINE PETTERSSON
Escritora

“¿Es éste el desorden de las cosas?”, se pregunta el niño enfermo del cuento del mismo nombre de Nélide Piñón, y me parece que el trayecto de su obra, en la cual destacan su unidad y estilo, es darle respuesta a esa duda, ordenar el caos por los caminos del verbo.

Hablar de textura como metáfora al referirse a la escritura resulta ser asunto manido; sin embargo, adentrarse por *El calor de las cosas* de Nélide Piñón me lleva de manera inevitable a evocar a *El Bosco* y, en especial, su “Jardín de las Delicias”. Esa rica experiencia que permite contemplar desde alguna región profunda del alma un espectáculo, de suyo capaz de presentar y evocar en la tela, pero asimismo en la mirada del observador, infinidad de mundos paralelos que se encuentran más allá de lo humanamente cotidiano; mas nunca a sus espaldas.

Es otra obviedad señalar que quien escribe tiene sus razones y quien lee también. Así, desde la esquina donde me he apostado intentando cercar a este texto, creo que “las cosas”, esa multiplicidad de cosas de las que está hecho el mundo, y que incluso aquí dan título general al volumen, se erigen en los elementos que figuran, configuran y refiuran tanto al mundo como al texto. Cosas externas, cosas internas, con un vasto poderío para construir en amplitud el universo que proponen y que va a expandirse a través de las palabras. Porque la reflexión sobre el poder de las palabras está también presente, aunque los relatos no ofrezcan la perfección de su orden restaurado, y si la búsqueda a través del caos que prevalece en el fondo. Además, la ambigüedad es otro elemento que perturba y enriquece al tejido espeso de este libro.

Los textos de Nélide Piñón se dan, a quien los toma, como textos fundantes, inscritos desde una mirada que quiere atisbar en las rendijas de lo sagrado, en esa región oscura que, pese a todo, nos habita o que parece estar a punto de desvelárenos en la distancia.

Los textos se inscriben en un misterio esencial que inquieta sin remedio. Quizá por ello, y a la manera en que los seres humanos han ido dejando registro de su historia, están, en una paradoja, más allá de lo meramente humano. Infinidad de los habitantes de estas páginas lo son más o lo son menos. Es decir, y vuelvo a evocar a El Bosco, están frente a nosotros los muchos universos que somos.

Hay un ir y venir de un reino al otro. Y los reinos pueden ser los bíblicos como en "Torre de Roccarosa", donde Romina construye de nuevo, y fincada en el análisis amoroso de las palabras, el Jardín del Edén. Los reinos pueden ser también el de los griegos, donde se vuelve a mirar a Ulises o a los misterios de Eleusis, por ejemplo, el del Medioevo y sus torres y castillos o el de Camoens o el del Brasil contemporáneo con todo y sus asuntos políticos o hasta los reinos a los que Nélida —como yo también— se asomó en su niñez, aquellos que imaginara Monteiro Lobato. Pero me refiero, asimismo, a los reinos mineral, vegetal y animal, donde las leyes tienen otras razones que van más allá de los códigos morales, acaso creados a partir de un cierto momento del desarrollo humano, cuando fue preciso establecer lineamientos rígidos para la supervivencia de la tribu.

Pese a que los personajes de Piñón suelen vivir en los tiempos de ahora, inevitablemente van a remitirse a las fuerzas primarias, las que nos colocan en contacto directo con las posibilidades del cuerpo. Y éste, entonces, se convierte en vehículo gozoso e in-mundo de conocimiento, en la posibilidad de adentrarse por la oscuridad de las cavernas donde tal vez se oculte lo sagrado.

En esta rica textura se agitan las capas del caldo primigenio. Y si bien —ya que se trata de aproximarse al conocimiento por medio del cuerpo— están presentes todos los sentidos, me parece que en el primer libro del volumen y el último cronológicamente, *El calor de las cosas*, el acto de comer o la metáfora de comer, hasta el extremo del canibalismo, sirven de medio de expresión y búsqueda, así como creo encontrar el olfato, es decir, los olores, con la misma recurrencia en *Tiempo de las frutas*. Es claro que a lo largo de las páginas se derrama una fuerte y conmovedora sensualidad que llega hasta el delirio y no conoce de leyes. Los cuerpos acaso puedan entenderse más que las personas mismas. Entonces el lector contempla otra forma de "cosas", en la que se rompen los límites entre mujeres y hombres y bestias.

Me parece que el hecho de que casi ninguno de los personajes que atraviesan estas páginas tenga nombre permite romper las fronteras de género, así como las de reino natural. Se despliegan acciones que corresponden a otro orden de lo físico, en la manera de ser sentidas y comprendidas. Y, así, serán en muchas ocasiones los líquidos los que busquen su cauce de conocimiento. Sangre, sudor, semen, saliva hablan otro lenguaje o de otro modo. Y lo hablan con enorme vigor. Vida y muerte suelen resultar casi indiscernibles en estas fronteras que se expanden con la violencia de su esencialidad. Y es que, finalmente, en las profundidades que nos habitan, acaso las cosas se confundan para incorporarse en ese "Jardín de las Delicias" o del horror, que es sólo la otra parte de la misma tela.

En un siglo donde los actos se han mirado con reiterada frecuencia desde un punto de vista psicológico o psicoanalítico, una obra como la de Nélide Piñón, que destaca las fuerzas de la naturaleza por encima de aquello, nos lleva a rescatar esa riqueza que se pretende domesticar como a las bestias. Y como éstas, muchas veces desconoce al domador para volver a la selva y ser nutrida y colmada con el consuelo de la leche o del vino, líquidos muy presentes, manifestación de los caminos de la vida. Por ello los cuentos no precisan de personajes rígidamente definidos desde la psicología; se trata, más bien, de seres vehículo de la fuerza de las "cosas". Están mucho más cerca de un trazo dramático e irracional, pese a la presencia de una forma de realismo, y al hecho, también permanente a lo largo del libro, del deseo de entender, de conocer. Será el tono lírico de las atmósferas lo que prevalezca.

Y este despliegue esplendoroso de la naturaleza nos es ofrecido a través de la contemplación del mundo vegetal, de la selva, del jardín, de las rocas. Además, la textura de los textos está tan bien tramada que los elementos que hablan de la vida contemporánea en los cuentos quedan tejidos sin fisuras, para llevar al lector a considerarlos parte del cosmos en donde los signos se manifiestan de muchas formas en búsqueda de contacto. Tal sería el cuidado amoroso del viejo por su animal en "La vaca barrigona", que de manera alguna —y pese a su domesticidad de bestia— se ofrece aquí sólo como el cuento de una vaca y un anciano. El relato es emblema de la trabazón de los seres unos con otros, para amarse y odiarse hasta la médula de los huesos, hasta el deterioro y la putrefacción. Y ese tono que produce inquietud grande, porque se sitúa en un espacio de percepción más allá de las palabras, es evidente sobre todo en "La sagrada familia" de *Sala de armas*. Las relaciones entre los personajes del relato se instalan bajo una mirada en donde el horror toma primer plano, sin por ello borrar una sensación de impotencia en la piedad. Las leyes morales quedan de nuevo puestas en entredicho.

En este recuento a vuelapluma quisiera apropiarme de las palabras de la autora, y sustituir el de Romina —nombre de la personaje— por el de Nélide, que me parece ilustran, de alguna manera, la riqueza de su *ars poetica*:

Nélide dividió la historia en tantas frases como el número de criaturas presentes en los jardines, destinando a cada una de ellas una sola frase de la secuencia narrativa que, no obstante, de nada les serviría, a menos que Nélide, a lo largo de los sucesivos ciclos narrativos, fuera completando la trama, entre avances y retrocesos indispensables, en el tiempo y en el espacio, para la aprehensión total de aquel universo de aventuras.

Y eso ha hecho.



IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

.....
ANA ROSA DOMENELLA, COORD., *TERRITORIO DE LEONAS. CARTOGRAFÍA DE NARRADORAS MEXICANAS EN LOS NOVENTA*, Casa Juan Pablos Centro Cultural/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México, 2001, 382 pp. ISBN 970-713-021-0.
.....

POR ÁLVARO RUIZ ABREU
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco

Territorio de leonas es sin duda un ejercicio crítico sobre la narrativa mexicana, y su aportación mayor radica en su intento de poner al día una parte de lo que un sector de escritoras ha producido en los años noventa. Estoy convencido de que el trabajo de la crítica es fundamental en un período en que se pierde con facilidad la perspectiva de la obra de arte, la función que realiza como reproductora de imágenes parciales de la realidad. George Steiner afirma que el crítico vive de prestado, es un escritor de segunda mano que perdió en el camino su rumbo, es un reproductor de esquemas. Pero al mismo tiempo sostiene que hoy, como nunca, se necesita esa voz para indicarle a los legos qué deben leer y cómo deben hacerlo. La crítica, entonces, se vuelve labor creativa, recrea el texto, ubica el tiempo a que alude, encuentra su verdadero valor estético, invita a la lectura y seduce por su estilo.

Las narradoras analizadas en este libro colectivo comparten varios lugares comunes, ciertos asuntos de época, algunos tópicos de la novela mexicana contemporánea. Frecuentan lugares como la ciudad de México durante la Colonia, la Independencia y la Revolución mexicana; la ciudad como desastre urbano y emblema de códigos falsos y una sociedad de moral recalcitrante. También van a la provincia para descubrir sus enredos sociales, los atropellos políticos o ecológicos a que parece sometida. Sus temas son más cercanos, pues en ellas el amor y la sexualidad, el feminismo y sus radiaciones modernas, es recurrente. Asimismo, se examina en las páginas de *Territorio de leonas* el desencanto social, histórico, la pérdida de un eje ideológico en la sociedad contemporánea. La crítica que vemos ahí es prolífica. Ve en los textos escogidos los laberintos inexplicables de la identidad, las vicisitudes de la familia y el matrimonio. Echa mano por supuesto de la autobiografía, la memoria, el documento histórico, la experiencia libresca, profesional.

Cuando leemos un libro colectivo como *Territorio de leonas*, vemos al mismo tiempo una miscelánea de estilos, de métodos y aproximaciones teóricas a las obras de arte literarias. Y algo más importante, un esfuerzo común por actualizar el sentido, la verdad, si es que en las ciencias humanas puede hablarse de verdad, la razón de una narrativa.

Este trabajo de grupo es importante porque rumia en la tradición, el pasado en que la escritura explorada se detiene hasta desembocar en la modernidad. Es por tanto el recordatorio de que la tradición debe revisarse y ser comparada con las propuestas modernas de la expresión escrita. Y precisamente *Territorio de leonas* atiende este llamado al partir de escritoras, o bien se apoya en ellas, que son ya un punto de referencia en la literatura mexicana del siglo xx. Me refiero a Margo Glantz, Elena Garro, la China Mendoza, Aline Pettersson, Beatriz Espejo y otras, frente a un grupo de autoras que oscila entre los cuarenta y los cincuenta años de edad, como Silvia Molina, Ángeles Mastretta, Ana García Bergua, Rosa Beltrán.

De estos nombres, hay dos que me parecen la llave maestra que abre la novela a sus posibilidades en el siglo xx. Margo Glantz y Elena Garro. Estudiadas en *Territorio de leonas* a conciencia, son algo así como pioneras en el arte de la novela en México. Ellas por sí mismas forman parte de un cambio en la manera de concebir y percibir el mundo de las letras y la realidad social, el lenguaje y sus metáforas. Pero Glantz sirvió de puente para que pasaran por él las jóvenes generaciones, a las que dirigió hacia la práctica de la expresión literaria, la crítica, el periodismo cultural. Desde el cubículo también ha sabido inculcar en sus alumnos la curiosidad intelectual, la exploración de vetas de investigación, atendiendo a nuestra historia literaria y revisando a los autores clásicos de la literatura norteamericana, europea y de América Latina.

Frente a la personalidad transparente de Glantz, la de Elena Garro siempre fue de contrastes. Mujer llena de manías y desviaciones, huyó como un fugitivo. Sin embargo, es la autora de una novela ya clásica dentro del género: *Los recuerdos del porvenir*, que en 1963 fue el asombro de su generación. Garro es una escritora inagotable, como lo demuestran sus últimos relatos. Fue, hasta el final, una revelación narrativa y un grito desenfadado por asirse a una escritura. Pudo vislumbrar que los generales, la casta militar, que se levantaron en armas, hicieron una revolución, la explotaron y la usaron por la fuerza, luego la ensombrecieron, transgredieron sus ideales, como hace el general Rosas con el pueblo y con las mujeres en esa novela.

Después de las escritoras mayores, el libro se detiene en otras como Ángeles Mastretta, Carmen Boullosa, Rosa Beltrán. Autora de enorme fama y éxito en México y en Europa, Mastretta recibió en 1997 el premio Rómulo Gallegos. Escribe bajo una nueva versión de la realidad gobernada por la ironía de la sexualidad y de la conducta de los hombres. En sus obras, la reina de la casa lleva en sus piernas la llave de su voluntad y de su inteligencia.

Me parece que el trabajo de Ángeles Mastretta debe unirse al éxito, en ambos casos se nos revela una escritura libre y desparpajada. Su tema aparente es la Revolución

mexicana, y el real, la relación feliz o infeliz, afortunada o desesperante, agónica o espléndida, de la pareja. El mundo que ha construido es rebelde, de signos siempre despiadados; es loco y tierno, sentimental y autoritario. Sus personajes llevan una marca: la del instinto que no son capaces de dominar, la del poder que los desequilibra, la de los cuerpos ávidos de cumplir el deseo y que están hechos en la lógica femenina con que ella los carga.

Angeles Mastretta es una escritora que abrió la posibilidad de explotar de nuevo el tema de la Revolución mexicana, aparentemente ya gastado, desde la perspectiva erótica. Tanto su primera novela, *Arráncame la vida*, como la más reciente, *Mal de amores*, centran su historia y su universo narrativo en las pasiones, el cuerpo como reproductor de símbolos y el país como un escaparate a través del cual podemos ver su corrupción, su historia y su vida cotidiana.

Es imposible citar todos los nombres que recoge este libro diverso y heterogéneo. Hay que decir en cambio que rastrea en la historia de la literatura, usa el trabajo de campo y también la teoría literaria de varias escuelas y el análisis textual. Pero asume una posición crítica y la defiende. Recuerda por ejemplo que cierta opinión generalizada en la crítica es atacar a la literatura femenina, viendo en ella una escritura *light*, un compendio de lágrimas y encuentros sentimentales con el varón. Más aún, se le acusa de pecar contra el canon por sus grandes tiradas que anuncian grandes ventas. Aquí es donde pone un punto y aparte *Territorio de leonas*: el libro balancea el texto producido por mujeres, lo orienta en sus propuestas estéticas, repasando su escritura y sus tendencias, ubicando a las autoras para entregarla así, depuradas, a los lectores.

Digo que es curioso el juicio de esa "crítica", la más *light* de todas las escrituras, porque cuando uno se asoma al trabajo, el esfuerzo y la dedicación de las autoras estudiadas, la difamación cae por su propio peso. Vemos que la trayectoria de María Luisa Puga como escritora que huye de la ciudad y se refugia en la provincia buscando la fundación de un espacio para su escritura, no es broma. Tampoco lo es su idea del texto y del arte narrativo, sino algo con sentido y bien fundamentado. Ese deseo de inventar todo, como ella misma explicó en una entrevista, "desde una ciudad propia, hasta una estructura de tiempo y otra de afectividad". Escribe en sus cuadernos de manera compulsiva y practica diversos géneros. Así, su literatura es un trabajo constante, un desafío en su vida, una apuesta con el presente y el futuro, un regreso al pasado.

Eso mismo puede afirmarse de Silvia Molina. Una escritora, como Puga, de la misma generación que intentó abrirse paso en la cultura mexicana con vientos contrarios a su impulso. Autora de varias novelas, libros de crónicas, ensayos, Silvia Molina ha vaticinado en su ficción el deterioro del tiempo, las cruces sobre las que se teje el amor y las relaciones humanas. ¿Labor de magia o de prestidigitación? No. Simplemente confrontación con la palabra que hace posible la imagen, empeño por crear un mundo de historias y de personajes que regresan en el tiempo. Crear sueños, personajes, acciones e historias desde la imaginación es la única misión que se ha impuesto Molina, una tarea que llevan a cabo los escritores comprometidos con su obra.

La literatura es diversa y por lo mismo no obedece a un canon sino a muchas tendencias, estilos y escrituras. La que se analiza en *Territorio de leonas* contiene muchos signos de época, muchas voces y fuentes de las que sus autoras se sirvieron en la construcción de sus mundos narrativos. Si Margo Glantz revisó su expediente autobiográfico en su primera novela, y así entró en la esfera de la búsqueda de identidad, Rosa Beltrán tuvo que seguir otro camino para escribir *La corte de los ilusos*. Acudió entonces a archivos, periódicos del siglo XIX, una bibliografía que la situara en la lucha de la Independencia y el ascenso de Agustín de Iturbide como primer emperador de México. En *La corte de los ilusos*, premio Planeta 1995, hizo una radiografía histórica de uno de los periodos más sombríos del México independiente: el Imperio de don Agustín de Iturbide.

En ese texto es evidente que la Historia llena de principio a fin el cuerpo de la novela, impulsándola, abriéndole posibilidades. Parece historia de enredos en la que triunfa el deseo. El amor desdichado jamás se cumple. Esa novela, premiada y bien recibida por la crítica, es un regreso al pasado que se desdobra para mostrarnos las imágenes deformantes de una Historia hecha de farsa y de ironía como condiciones de su propia tragedia. *La corte de los ilusos* es una revisión del litigio por la identidad de la nación.

En fin, *Territorio de leonas* funciona como un termómetro que mide la temperatura siempre variable de nuestra literatura, que sube y baja según las plumas que la producen, que arraiga o se desgaja de la tradición según la fuerza de la escritura que las empuja. Este termómetro es el resultado de un esfuerzo común frente a textos y autores tan distintos. Todas son mujeres, es cierto. Pero la diferencia entre el estilo y la composición narrativa de Elena Garro y el de Carmen Boullosa me parece crucial, de fondo y de forma. La chispa de Mastretta para urdir historias y su sumisión al escenario de la Revolución mexicana, poco o casi nada tiene que ver con la oposición ciudad y provincia de María Luisa Puga. Una vez más, en estas distancias se encuentra la veta crítica y de investigación a la que se asoman las autoras de *Territorio de leonas*.